

Federico de Onís: figura clave en la historia de las relaciones culturales entre España y los Estados Unidos ¹

Federico de Onís: A key figure in the history of cultural relations between Spain and the United States.

OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad Complutense. Madrid

RECIBIDO: AGOSTO DE 2012
ACEPTADO: OCTUBRE DE 2012

Resumen: A partir de un significativo conjunto de fuentes, podría construirse una biografía de Federico de Onís que partiera de la caracterización del clima de reformas que se generalizó en España en los comienzos del siglo XX, inspirado muchas veces, aunque no exclusivamente, por las ideas de la Institución Libre de Enseñanza y por el magisterio de Francisco Giner. En este artículo se ponen las bases de esa labor y de la figura de un personaje central en la difusión de la cultura española en EE.UU.

Palabras clave: Federico de Onís, España, EE.UU., generación de 1914, Ortega, Unamuno, Instituto de las Españas, Institución Libre de Enseñanza.

Abstract: From a significant number of sources, it is possible to build a biography of Federico de Onís that could make a characterization of an era of reforms that became widespread in Spain in the early twentieth century, often inspired, but not exclusively, by the ideas of the Institución Libre de Enseñanza and the teaching of Francisco Giner. This article will lay the foundations for this work and for this central figure in the dissemination of Spanish culture in the United States.

Keywords: Federico de Onís, Spain, United States, generation of 1914, Ortega, Unamuno, Instituto de las Españas, Institución Libre de Enseñanza.

¹ Este trabajo se ha realizado en el ámbito del Grupo de investigación “Historia cultural de la España contemporánea”, de la Universidad Complutense de Madrid

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Creo que conocí a Ignacio Olábarri en los días finales de 1977, cuando ambos coincidimos en unas multitudinarias oposiciones a profesores adjuntos de Universidad, que era una categoría de profesores funcionarios de reciente creación.

Ambos habíamos estudiado en la Universidad de Navarra pero no habíamos coincidido en sus aulas. Yo había acabado en 1967, en la primera promoción de alumnos que hizo sus estudios en la Universidad con validez oficial, mientras que Ignacio lo haría algo más tarde.

La aparición de Ignacio Olábarri en aquella oposición para profesores adjuntos fue completamente deslumbrante y obtuvo un indiscutido número uno, que presagiaba la brillante trayectoria académica que ha realizado después.

También asistí muy de cerca –porque yo también participé en ellas²– a las oposiciones que Ignacio realizó, en la primavera de 1978, para obtener la plaza de Profesor Agregado de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, que fue otra demostración de su excelente preparación académica y de su calidad como investigador.

A partir de entonces nuestros esporádicos encuentros han estado presididos por la consideración mutua y el afecto aunque, lamentablemente, no hayan sido muchas las ocasiones en las que hemos podido coincidir.

Ahora, mientras empleo un año sabático en la Universidad de Harvard, recuerdo con mucho afecto esa prolongada relación y, en el homenaje por su jubilación reciente, quiero dedicarle un primer fruto de mi investigación en estas tierras americanas, en la que estudio la obra historiográfica de Federico de Onís. Un español que, como Ignacio Olábarri, siempre buscó abrir nuevos caminos en sus trabajos de profesor y de investigador.

ESPAÑAS, EN VEZ DE ESPAÑA

En octubre de 1920 se creó en Nueva York el *Instituto de las Españas*³ que fue un organismo dedicado a dar una mayor consistencia institucional a la tarea

² Octavio RUIZ-MANJÓN, “Tiempo de oposiciones y esperanzas”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27, 2005, pp. 11-19.

³ *Instituto de las Españas en los Estados Unidos: its history and significance, with a brief outline of the purposes and proposed development of the organization*, New York, The Institute, 1926.

que se venía realizando en la cátedra de Lengua y Literatura españolas, que regentaba en la Universidad de Columbia, desde 1916, el profesor español, Federico de Onís y Sánchez (1885-1966), que había sido antes catedrático de Lengua y literatura españolas en las universidades de Oviedo y de Salamanca.

El nuevo organismo contaba con el patrocinio y beneplácito de la Universidad de Columbia en Nueva York, a la que pertenecía el Instituto, y había sido financiado por Archer Milton Huntington (1870-1955), el creador de la *Hispanic Society of America*, en Nueva York, y una de las personas que más había hecho por el conocimiento y difusión de la cultura española en los Estados Unidos desde comienzos del siglo XX.⁴

La utilización del plural de España en la denominación del nuevo organismo estaba cargada de intención porque, desde el mismo nombre del Instituto, Onís quería dejar claro que no se trataba de seguir con la tradición del glorioso hispanismo que figuras como Washington Irving, Henry Wadsworth Longfellow, George Ticknor, James Russell Lowell o William Hickling Prescott habían acuñado en tierras de Nueva Inglaterra –en Boston y en Cambridge– en la primera mitad del siglo XIX.

En esa corriente se insertó la obra de Archer Milton Huntington, que se interesó por las cosas de España a partir de la lectura de las obras de George Borrow⁵. En 1892, año de su primer viaje a España, comenzó los trabajos de edición del *Poema del Mío Cid*, que terminaría en 1897.

Esa tradición de hispanistas había generado el interés por una España pintoresca y también se había reflejado en numerosos libros de viajes a lo largo de todo el siglo XIX y comienzos del siglo XX, así como en las obras de un elevado número de pintores norteamericanos que habían realizado estancias en España y habían proporcionado muchas imágenes en las que se consolida-

⁴ Una cordial semblanza de la figura de Huntington, basada en sus propias anotaciones y cartas, se puede encontrar en José GARCÍA MAZAS, *El poeta y la escultora. La España que Huntington conoció*, Madrid, Revista de Occidente, 1962. Más actualizada es la visión que proporciona Mitchell A. CODDING, “Archer Milton Huntington, champion of Spain in the United States”, en KAGAN, Richard L., *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*, University of Illinois Press, Urbana, Chicago, 2002, pp. 142-170.

⁵ La primera obra de Borrow que leyó fue *The Zincoli*, en su primer viaje a Europa en 1882. Mitchell A. CODDING, “Archer Milton Huntington, champion...”, p. 145.

⁶ El cuadro “El jaleo”, de John Singer Sargent, que se conserva en el Isabella Stewart Gardner Museum, de Boston, podría ser considerado el paradigma de esa visión pintoresca de España ofrecida por los pintores norteamericanos, entre los que habría que contar también con figuras como William Merritt Chase, Samuel Colman, Thomas Eakins, William Sartain, Henry Humphrey Moore o Mary Cassatt. Cfr. Mary Elizabeth BOONE, *Vistas de España. American Views of Art and Life in Spain, 1860-1914*, New Haven, Yale University Press, 2007.

ba esa España pintoresca.⁶

De hecho el interés por las cosas españolas se había transformado, desde finales del siglo XIX, en esa locura –“spanish craze”– de la que nos ha hablado el profesor Richard L. Kagan⁷, que tuvo sus principales manifestaciones en la literatura, el arte y la arquitectura. La proliferación de “Giraldas” inventariadas por él⁸, siguen siendo el elemento más llamativo de una arquitectura aún visible en ciudades americanas, como Coral Gables (Florida).

Fue a comienzos de esa última década del siglo XIX, en 1890, cuando John Singer Sargent inició su gran mural de la Boston Public Library mientras una bailarina española de padre francés, Carmen Dausset, “la Carmencita”, que estaba patrocinada por el pintor William Merritt Chase, triunfaba en las fiestas privadas de Nueva York.

Por otra parte, el atractivo de España obtendría también algunos avances en el plano académico, en el que la visión del pasado español seguía viéndose muy influida por una imagen derogatoria que hundía sus raíces en los primeros tiempos de la colonización española⁹. En 1893 Charles Lummis ofrecería una visión enaltecedora de la obra de España en California y en el suroeste de los Estados Unidos.¹⁰

Como ha señalado el profesor Payne¹¹, la breve y contundente guerra de 1898 entre Estados Unidos y España, apenas dejó huellas en ambas naciones¹² y, superadas las tensiones diplomáticas de finales de aquel año, se produciría una rápida recuperación de las relaciones que se centró en el comercio, pese a las dificultades que, para su crecimiento, representaron las tarifas aduaneras, que sólo se suavizaron durante el periodo 1914-1917, cuando tanto España como Estados Unidos eran dos importantes países neutrales.

⁷ Richard L. KAGAN, “The Spanish Craze: The Discovery of Spanish Art and Culture in the United States”, en *When Spain fascinated América*, Madrid, Fundación Zuloaga, 2010, p. 25.

⁸ La primera Giralda se construiría en 1890, en el nuevo Madison Square Garden de Nueva York, obra del arquitecto Stanford White. En 1898 se construiría otra en la terminal de ferrys de San Francisco (A. Page Brown), a la que seguirían las de Buffalo (1901), Miami, Kansas City, Cleveland (Terminal Tower, 1928), hasta completar más una docena.

⁹ Philip W. POWELL, *Tree of Hate: Power, Propaganda and Prejudices affecting United States Relations with the Hispanic World*, Albuquerque, University of New Mexico, 2008, p. 8.

¹⁰ Charles Fletcher LUMMIS, *The Spanish Pioneers*, Chicago, A.C. McClurg and Company, 1893.

¹¹ Stanley G. PAYNE, “The Reencounter between the United States and Spain after 1898”, en *When Spain fascinated América*, Madrid, Fundación Zuloaga, 2010, p. 11.

¹² No es demasiado conocido el hecho de que el expresidente Theodore Roosevelt hizo una visita privada a Madrid en 1914 y que se originó cierta expectación por el recibimiento que podría recibir de los españoles, dado su comportamiento durante la guerra de Cuba. No ocurrió nada y, además, los Reyes le invitaron a almorzar en el Palacio de la Granja.

Esta realidad, entre otras, ayuda a socavar la generalizada imagen de la profunda conmoción creada por la derrota y la arbitraria relación con una generación del 98 que, como ha señalado, tan repetida como estérilmente José-Carlos Mainer¹³, apenas estuvo presente en los años que siguieron a la derrota ni se hicieron demasiado eco de ella en sus creaciones literarias. Tampoco deja de ser significativo el hecho de que Santiago Ramón y Cajal fuese invitado a dar una conferencia en la universidad americana de Clark (Worcester, Massachusetts) y visitase otras universidades de Nueva Inglaterra cuando aún no se había cumplido un año del enfrentamiento entre los Estados Unidos y España.¹⁴

Lo que, desde luego, no se alteró fue el gusto de los americanos por lo español, que volvería a quedar patente en la misma creación de la *Hispanic Society of America* en 1904¹⁵ y, sobre todo, tras la inauguración, en 1908, de su monumental edificio de Nueva York, a orillas del río Hudson. La brillantísima exposición de Sorolla de febrero de 1909 y la de Zuloaga, que le siguió inmediatamente, tuvieron su correlato en la música, con las actuaciones de músicos como Enrique Granados¹⁶ y Pau Casals, que realizó sus primeras actuaciones en los Estados Unidos a finales de 1901. También son de esos años iniciales del siglo XX los triunfos de cantantes de ópera españoles, como las sopranos María Barrientos, Lucrecia Bori, o el de José Mardones, que fue un excepcional bajo.

Todos ellos empezaban a representar una España lejana ya de la visión romántica y pintoresca que había predominado en el siglo XIX y serían los que establecerían las bases para tratar de asentar las relaciones entre Estados Unidos y España sobre unos fundamentos más sólidos y duraderos. Se trataba de una presencia española que no trataba de asentarse sobre la imagen pintoresca de tradición romántica.

Y, para quienes miraban desde España, la sociedad americana aparecía como una más de aquellas naciones emergentes que podían ser un ejemplo

¹³ José-Carlos MAINER, “Para no creer en el noventay ocho”, en *Saber Leer*, 120, 1998, pp. 4-5. Esta misma cuestión ya había sido advertida en 1923 por Marcel Bataillon, en su prefacio a *L'Essence de l'Espagne*, de Miguel de Unamuno. Recogido en José Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS, *El eco de Unamuno*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1996, p. 380.

¹⁴ Alfredo QUIROGA RODRÍGUEZ, “Cajal en Nueva York. Ciencia y política en la España de la génesis del siglo XX”, en Alejandro R. DÍEZ TORRE (ed.), *Cajal y la modernidad. Cien años del Nobel de don Santiago Ramón y Cajal*, Madrid, Fundación BBVA / Ateneo de Madrid, 2008, p. 179.

¹⁵ Mitchell A. CODDING et. al., *The Hispanic Society of America: A Centennial celebration*, New York, The Hispanic Society of America, 2004.

¹⁶ Miguel ROMERA-NAVARRO, *El hispanismo en Norte-América: Exposición y crítica de su aspecto literario*, Madrid, Renacimiento, 1917, p. 4.

para quienes entendían que la asimilación de la ciencia y la técnica de los países avanzados era una condición inexcusable para la transformación de la sociedad española.

LA INCORPORACIÓN DE FEDERICO DE ONÍS

Una de las figuras claves en este nuevo enfoque de las relaciones culturales entre los Estados Unidos y España sería Federico de Onís, que fue profesor de Lengua y Literatura españolas en Columbia University, de Nueva York, desde 1916 hasta 1954, y profesor del departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, desde esa fecha hasta la de su muerte, en octubre de 1966.

Federico de Onís no es, en absoluto, un personaje ignorado y las huellas de su vida y su obra son fáciles de seguir aunque, hasta donde llegan mis conocimientos, no contemos con una biografía detallada, que nos de una imagen cabal de su vida y su obra.¹⁷

Buena parte de su documentación personal está depositada en la Universidad de Puerto Rico y ha sido objeto de atención y edición por parte de la profesora Matilde Albert Robatto, que nos ha ofrecido diversas perspectivas sobre su vida y, sobre todo, ha editado un interesantísimo epistolario¹⁸ que contiene una riquísima información sobre la relación de Onís con figuras destacadas del mundo intelectual español de la primera mitad del siglo XX, aunque el título del libro parezca reducirse tan sólo al exilio político generado por la guerra civil española.

Especial importancia tiene, en esa edición, la correspondencia entre Federico de Onís y Américo Castro, que revela mucho de la vida interior de los intelectuales españoles que, en las décadas iniciales del siglo XX, se acogían al abrigo de la *Junta para la Ampliación de Estudios* y del *Centro de Estudios Históricos*, organismos en los que se desarrollaba un ambicioso programa de carác-

¹⁷ En 1986 Alicia Moreno Pato realizó una Memoria de licenciatura sobre Onís en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, pero no tengo noticia de que haya sido publicada. La revista *La Torre*, creada por Onís en la Universidad de Puerto Rico, dedicó un número a su memoria (vol. XVI, n° 59), en enero de 1968, y otro "Homenaje a Federico de Onís" en enero de 1985 vol. XXXIII, n° 127). También se publicó un número, con ocasión de su muerte, en la *Revista Hispánica Moderna* (vol. XXXIV, nn. 1-2), que había sido, asimismo, creada por Onís en octubre de 1934.

¹⁸ Matilde Albert ROBATTO, *Federico de Onís, cartas con el exilio*, Sada (La Coruña), Ediciós do Castro, 2003.

ter pedagógico y científico. Ambos estaban inspirados por los principios de la Institución Libre de Enseñanza y de su principal impulsor, Francisco Giner de los Ríos (1839-1915). También es de señalar el interés de las cartas intercambiadas con Juan Ramón Jiménez –muy reveladoras del mundo editorial norteamericano–, y las cruzadas entre Onís y Claudio Sánchez-Albornoz, que permiten conocer mucho de las dificultades e inquietudes de los intelectuales y profesores que formaron parte del exilio inicial de 1936.

Toda esa documentación personal de Federico de Onís, que se encuentra en la Universidad de Puerto Rico, ha sido fotocopiada y puede consultarse también ahora en el Archivo de la Residencia de Estudiantes de Madrid, junto con los fondos de la Junta para la Ampliación de Estudios, de la que Onís fue pensionado y representante en los Estados Unidos. Por otra parte, cabe esperar que ese mismo archivo madrileño de la Residencia de Estudiantes, que está reuniendo fondos de lo que se ha denominado Edad de Plata de la cultura española, pueda ofrecer mucha otra información complementaria en torno a Onís, procedente de los demás archivos individuales que allí se encuentran depositados.

Es posible, por otra parte, que no toda la documentación personal de Onís esté en la Universidad de Puerto Rico. La Universidad de Columbia ha recuperado el archivo del *Instituto de las Españas*, de New York, que estuvo, durante años, en unas pésimas condiciones materiales¹⁹. Ahora esos fondos han sido restaurados y organizados para los investigadores en el archivo de la Universidad de Columbia²⁰, en donde también se puede consultar una interesante documentación administrativa sobre los casi cuarenta años de actividad de Onís en esa Universidad. Por otra parte también es posible hayan quedado fondos documentales en manos de la familia, ya que la compleja trayectoria familiar de Onís²¹ permite conjeturar que algunos de esos documentos han podido dispersarse.

Precisamente de esos fondos familiares surgiría, en 1988, un libro de gran importancia para el conocimiento de la vida de Onís, como es el de *Unamuno en su Salamanca. Cartas y recuerdos*²². En él se incluyen cartas y algunos ensayos de Onís sobre la persona y la significación de Unamuno.

¹⁹ *Ibidem*, p. 212. Esa documentación ha pasado, posteriormente, a formar parte de los archivos de Columbia University.

²⁰ Un archivo complementario al de la Universidad de Columbia, es el de la Hispanic Society of America en Nueva York, que contiene también una documentación sobre Onís de gran interés, especialmente para sus primeros años en los Estados Unidos.

²¹ Onís tuvo dos matrimonios y no mantuvo un contacto permanente con todos los hijos del primer matrimonio.

²² Universidad de Salamanca, 1988.

Lo más valioso del libro, en cualquier caso, son las más de ochenta cartas que en él se recopilan con la correspondencia entre Miguel de Unamuno y Onís, que se extiende desde 1905 hasta 1936, el año de la muerte de Unamuno.

La edición no es muy cuidada, y contiene algunos errores de bulto pero es sobre todo, una ventana abierta al Unamuno del periodo 1905-1914, que se cierra con su destitución como Rector de la Universidad de Salamanca. Por otra parte, Onís aparece en el libro como un testigo muy cualificado de las tormentosas relaciones entre Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset. Las precisiones cronológicas que ofrece Onís al respecto no me merecen completa confianza pero sí creo que es muy certera su visión de las difíciles relaciones entre ambos pensadores, tan influyentes en la España del primer tercio del siglo XX.

Onís se movió entre ambos en una delicada posición ya que, por una parte, era una criatura intelectual de Unamuno, que había sido su mentor desde que Onís era niño pero, por otra parte, Onís pertenecía generacionalmente al grupo que inspiraba Ortega y participaba plenamente de las ideas del filósofo madrileño sobre la necesidad de acercar España a Europa y entrar en contacto con la ciencia que se hacía en los países más avanzados. Esos planteamientos, que Ortega desarrolla especialmente entre 1910 y 1914, coinciden con la posición pública que adopta Onís en el comienzo de su carrera profesional.

Entre ambos pensadores, Onís tomará decididamente partido por Ortega al que, precisamente, pudo conocer en Salamanca en octubre de 1907²³, cuando Ortega visitó a Unamuno, en lo que pareció una entrevista frustrada. Sin embargo, Onís y Ortega anudarían, a partir de ese momento, una intensa amistad que se fortalecería en los años inmediatos, en los que Onís secundará las empresas orteguianas de carácter cultural e, incluso, en las que tuvieron un cierto carácter parapolítico. En octubre de 1913 Onís aparecía como firmante del manifiesto de la Liga de Educación Política Española, que promovió Ortega, y se empleaba fervorosamente en conseguir adhesiones a aquella empresa, que quería hacer las veces de un “think-tank” para la renovación de la vida política.

También felicitaba a Ortega calurosamente por la conferencia “Vieja y nueva política”, pronunciada por el filósofo madrileño el 23 de marzo de 1914 en el teatro de La Comedia. A comienzos del año 1915, Onís aparecía tam-

²³ Aunque Onís sugiere que fue en marzo de 1908 (*Unamuno en su Salamanca*, p. 163) hay motivos para suponer que pudo ser antes ya que Unamuno le daba un recado para Ortega en la carta que escribe a Onís el 4 de diciembre de 1907. Para entonces, Ortega llevaba tres meses en España, después de su regreso de Alemania, a comienzos de septiembre de ese año.

bién como colaborador de la revista *España*²⁴, que dirigía Ortega, y continuaría colaborando en ella hasta su marcha a los Estados Unidos.

Esa amistad con Ortega nos lleva a otro fondo documental, no muy extenso pero sí muy rico, que es el que se puede consultar en el archivo de la Fundación Ortega-Marañón en donde se encuentran cartas de Onís que arrancan de octubre de 1912, a raíz del discurso pronunciado por Onís con ocasión de la inauguración oficial de curso de la Universidad de Oviedo.

A través de esas cartas con Ortega se pueden seguir las claves generacionales que explican la presencia de aquellos jóvenes en la vida pública. Junto a Ortega y Onís, se alinearían otros jóvenes brillantes de entonces como Fernando de los Ríos, Luis de Zulueta, Manuel Azaña, Pablo de Azcárate, Américo Castro, Manuel García Morente, Salvador de Madariaga, Ramiro de Maeztu y Ramón Pérez de Ayala.²⁵

Ellos forman el núcleo de lo que se ha dado en llamar la “generación de 1914” que, en paralelo con la europea del mismo nombre, compareció en la segunda década del siglo XX con un decidido proyecto de renovación de la política y la sociedad española²⁶. Muchos de ellos encaminarían sus deseos de participar en la vida pública hacia las filas del Partido Reformista, que encabezaron Melquiades Álvarez y Gumersindo de Azcárate, aunque no ha quedado constancia de que Onís se afiliase al Partido Reformista.²⁷

TRES INTERESANTES DISCURSOS

Siguiendo con las indicaciones sobre las fuentes de información que nos permitan llegar hasta el verdadero Federico Onís hay que advertir que una parte

²⁴ Firmó, en los cuatro primeros números de la revista *España*, artículos sobre cine con el seudónimo “El Espectador”. En el ejemplar del 26 de febrero, que recogía la noticia de la muerte de Francisco Giner de los Ríos, Onís sería el autor de unos “Datos biográficos” que se publicaron de forma anónima. Una importancia especial hay que concederle a la entrevista que Onís hizo a Ramón y Cajal y se publicó en el número 50 de la revista, de 06.01.1916.

²⁵ A pesar de su clara pertenencia a este grupo generacional Onís no aparece entre los firmantes del manifiesto de adhesión de intelectuales a la causa aliada, que se hizo público a principios de julio de 1915.

²⁶ Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA, *La Generación del 14. Génesis política de una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006. Para el ámbito europeo Robert WOHL, *The Generation of 1914*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1979. Un excelente enmarque filosófico en Pedro CERREZO, “El pensamiento filosófico. De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y el 14”, en *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover, tomo XXXIX, vol. 1 *La edad de plata de la cultura española (1898-1936). I: Identidad, pensamiento y vida. Hispanidad*, Madrid, Espasa, 1993, pp.131-315.

²⁷ Onís no participaría en ninguna de estas empresas políticas aunque, por las cartas dirigidas a Ortega, sepamos que mantuvo algunos contactos privados con Melquiades Álvarez.

muy considerable de su biografía puede encontrarse en sus propias intervenciones públicas y en sus publicaciones, que no son de gran envergadura pero sí muy numerosas, especialmente en su larga etapa americana.²⁸

Onís fue, por otra parte, hombre de fuertes pronunciamientos en momentos que marcaron profundamente su trayectoria vital y profesional, y parece conveniente reparar en esos discursos cuando se trata de fijar las líneas esenciales de su biografía.

El primero de ellos sería el discurso que pronunció el primero de octubre de 1912 en la inauguración oficial del curso de la Universidad de Oviedo. Allí clamó contra el atraso secular de España y propugnó las fórmulas orteguianas de acercamiento a Europa, a la vista de que, ni existía ciencia nacional, ni tampoco una Universidad que mereciera ese nombre. Las palabras de Onís estaban en sintonía con las ideas que Ortega había expuesto ya en marzo de 1910, en la Sociedad “El Sitio”, de Bilbao, y que reiteraría en marzo de 1914, con su conferencia “Vieja y nueva política”.

En cualquier caso, Onís no abdicó de sus orígenes unamunianos y, pese a que el Rector de Salamanca le hubiese echado en cara el abandono de los deberes de la cátedra, por su interés en hacer investigaciones históricas en Madrid, no dudó en manifestar su reconocimiento a Unamuno, en el que veía una de las pocas personalidades elevadas que podían encontrarse en la Universidad española, aunque no siempre compartiese los puntos de vista de su maestro:

“Si a algún hombre hubiera yo de dar el nombre de maestro, aquel nombre que Cristo mandó a sus discípulos que no llamasen a nadie sobre la tierra, solo a él tendría el derecho y el deber de dárselo.”

Por la correspondencia con Ortega sabemos que Onís se tomó mucho interés en que su discurso de Oviedo fuera conocido por el mayor número de personas posible y, de hecho, generó una polémica que sería desencadenada por un artículo de Azorín en *La Vanguardia* de Barcelona, y en la que intervendrían José Pin y Soler y Miguel de los Santos Oliver²⁹, que metió baza desde el *ABC*

²⁸ Sus trabajos más importantes de este periodo están recogidos en *España en América; estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1955.

²⁹ Los artículos de la polémica están recogidos en Federico de ONÍS, *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1932, pp. 249-282, sin referencia al lugar de publicación.

madrileño. También hubo un artículo de Luis Bello, en *El Mercantil Valenciano*, en el que se aplaudían las ideas expuestas por Onís.

La inquietud intelectual de Onís, decepcionado con el clima universitario de Oviedo³⁰, le llevó a trabajar en el *Centro de Estudios Históricos* de Madrid, bajo la dirección de Menéndez Pidal, y le puso también en contacto con la Residencia de Estudiantes de Madrid que, desde 1910 trataba de ser un centro piloto en el campo de la renovación de la vida universitaria española.³¹

Onís sería Director de Estudios de la Residencia desde 1911, compatibilizando esa tarea con su trabajo como catedrático de Oviedo y en el *Centro de Estudios Históricos*, en Madrid, y fue en la Residencia donde realizaría otro de sus solemnes pronunciamientos con una conferencia que pronunció a finales de 1915 con el título de “Disciplina y rebeldía”.

Fue una exhortación al trabajo universitario bien hecho que se incorporaría a las publicaciones de la Residencia de Estudiantes y sería reimpressa en varias ocasiones más³². Una llamada de ánimo a aquellos jóvenes universitarios de los que se esperaba una profunda renovación de la vida española.

La conferencia, que pretendía ser un acto de magisterio muy personal, tuvo un claro sentido generacional pues la pronunciaba una persona a punto de cumplir los treinta años; una edad que, de acuerdo con los conceptos generacionales comunes entonces, marcaba la mitad del camino de la vida.

“Sólo entonces –dijo Onís en aquella ocasión– puede uno sentarse al borde del camino, como en lo más empinado de una cuesta, dominando a la vez la perspectiva de las dos vertientes; único momento en el que el recuerdo de lo que no volverá y la esperanza de lo que no ha venido todavía, se funden e integran en un sentimiento único, que produce en nosotros un estado de ánimo de máxima fortaleza, comprensión y seguridad.”

³⁰ En carta a Ortega, de 16 de noviembre de 1913, se manifestaba indignado con Altamira, y con el llamado “grupo de Oviedo”, pese a que parecían compartir unas mismas simpatías institucionistas: “¿Cómo no he de sentir indignación por Altamira, si todo lo que toca su nombre se convierte enseguida en farándula? La misma indignación me producen sus amigos, que son también nuestros amigos.” (Archivo de la Fundación Ortega-Marañón, Madrid).

³¹ Cfr. “Nueva mirada sobre Alberto Jiménez Fraud y la Residencia de Estudiantes”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 78-80 (2010).

³² *Disciplina y rebeldía; lectura dada en la Residencia de Estudiantes la tarde del 5 de noviembre de 1915*, Imp. Clásica Española, Madrid, 1915. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Serie IV, volumen 6. Recogida en Federico de ONÍS, *España en América; estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, 1955.

La intervención tenía, además, un cierto aire de *oratio ad iuvenes* que contaba con una cierta tradición en aquella casa porque, a principios de aquel mismo 1915, Eugenio d'Ors se había dirigido también a los residentes con una conferencia que tituló “Aprendizaje y heroísmo” y, a mediados de ese mismo mes de noviembre de 1915, sería Luis de Zulueta el que desarrollaría un ciclo de “sermones” a los estudiantes que se agruparon con el título de “La Edad Heroica”.

Onís trataría, en aquella tarde del otoño madrileño, de transmitir su aliento a los jóvenes universitarios que le oían, para que procurasen compaginar su afán de asimilación de conocimientos (disciplina) con una renovada energía (rebeldía) que les permitiera el hallazgo de soluciones renovadoras para sus vidas. Un proyecto acorde con aquella Residencia de Estudiantes que daba cobijo a algunos de los jóvenes más brillantes de una nueva generación. Figuras como García Lorca, Buñuel o Dalí han quedado ligados para siempre a aquel proyecto pedagógico.

En relación con esa conferencia cabe plantearse la posibilidad de que Unamuno escuchase la conferencia de su antiguo discípulo, ya que sabemos que, por aquellos días, estuvo en Madrid para participar en un tribunal de oposiciones. Con ocasión de aquella visita de Unamuno, la revista *España*³³ unió los nombres de Zuloaga y Unamuno en una crónica, no firmada, en la que los presentaba como los mejores exponentes de un indefinido “espíritu español” por su misma manera de ser barroca. Habría motivos para preguntarse si el texto no salió de la pluma de Ortega o, tal vez, del propio Onís.

La tercera gran comparecencia de Onís ante la opinión pública sería en octubre de 1920, con ocasión de la lectura de un texto suyo en la inauguración oficial del curso académico de la Universidad de Salamanca. A pesar de encontrarse en los Estados Unidos desde septiembre de 1916 el Rector salmantino no quiso eximirle del deber de escribir el discurso de inauguración de aquel año y Onís aprovecharía la ocasión para hablar entonces de la dimensión americana de su nuevo trabajo, a la vez que ajustaba algunas cuentas pendientes con quienes habían censurado su tarea.

Habló entonces de su experiencia de cuatro años en los Estados Unidos, en el seno, escribiría entonces, de “una civilización extraña, viva y pujante”, a la vez que afirmaba que no había una “experiencia espiritual tan honda como la de una larga estancia en el extranjero” e invocaba el supremo testimonio del autor de *El Quijote* acerca de la eficacia de vivir en tierras extrañas: “Tenía ra-

³³ “Unamuno y Zuloaga en Madrid”, en *España*, Madrid, n° 44, 25 de noviembre de 1915.

zón Cervantes al decir que las largas peregrinaciones hacen a los hombres discretos”, tomando unas palabras de *El licenciado Vidriera*.

Onís, por lo demás, aprovechó también la ocasión para marcar distancias, tanto con respecto a aquellos españoles “recalcitrantes”, que pretendían que no había nada que aprender en el extranjero, como en relación con los que denominaba “simios europeizadores”, sumisos servilmente a todo lo que viniese de fuera.

Era una descalificación que le alejaba un tanto de Ortega, en la misma medida que le acercaba a Unamuno, ya que no quería aparecer como un papanatas que renegaba de sus raíces españolas. “Mi españolismo –escribiría entonces– ha aprendido precisamente a afirmarse sin negar, a mirar cara a cara a otras formas de cultura”.

Era su respuesta personal a la diversidad cultural que se había encontrado al establecerse en los Estados Unidos y constatar las diversas corrientes culturales que confluían en la joven sociedad americana.

“No nos entendemos los hombres de los distintos pueblos –añadiría– por aquello que hay de igual entre nosotros, sino por lo que más genuinamente nos diferencia y separa”.

En ese sentido, su experiencia le había permitido el acceso a una comunidad internacional de la que España había estado al margen durante mucho tiempo, a pesar del entusiasmo que había encontrado en los Estados Unidos por la recepción de algunas manifestaciones de la cultura española. Pero la realidad es que la presencia de españoles en la vida académica americana había sido casi nula, si se exceptúa el caso, bastante complejo, de Jorge Santayana, que había sido profesor de la Universidad de Harvard hasta 1911.³⁴

Por otra parte, de la misma manera que Onís trataba de representar una nueva manera de hacer presente la cultura española en América, los Estados Unidos habían superado su tradicional actitud aislacionista y, desde comienzos del siglo XX, experimentaban un interés creciente “por la lengua y civilización españolas”, acentuado por la hegemonía americana que se haría más patente tras la primera guerra mundial. Ese interés se había traducido en una fuerte demanda de los estudios de español y en la necesidad de una preparación ur-

³⁴ George SANTAYANA, *Persons and Places: The Background of My Life*, Scribner's / Constable, New York / London, 1944.

gente del profesorado que tendría que realizar esa enseñanza del español.

También había asumido Onís la tarea de corregir una situación –generada por las obras de los primeros hispanistas– en la que se daba el hecho de que existía un buen conocimiento de la España del pasado, pero no de la de aquel momento, en la que se asistía a una floración cultural y artística que ha merecido el nombre de Edad de Plata de la cultura española.

De ahí su afán por dar a conocer a los nuevos escritores de España y de América, a través de proyectos editoriales que pusieron a escritores españoles del momento en relación con el gran público lector norteamericano³⁵. Al nombre de Vicente Blasco Ibáñez, que ya era muy conocido para el público norteamericano desde la publicación de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, se unirían los de Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, José Martínez Ruiz (“Azorín”), Jacinto Benavente y Federico García Lorca, entre otros.

Este discurso de octubre de 1920, leído en la Universidad de Salamanca, proporcionaba también las claves de lo que fue la ambiciosa labor de Onís en aquellos primeros años americanos, que se tradujo también en un gran número de publicaciones, tanto en los medios académicos como en los dedicados a un público más general.

RECOPILACIONES DE LA OBRA DE ONÍS

Ese es, precisamente el otro gran depósito para la reconstrucción de la biografía de Onís porque, como ha sugerido alguno de sus estudiosos, su vida está, sobre todo, en sus obras.

Al margen de la consulta detallada y exhaustiva de ellas, que ha sido facilitada por la elaboración de algunas bibliografías³⁶, resultan de extraordinario interés algunas recopilaciones como la aparecida en 1932³⁷, que puede ser considerada como el primer intento de ofrecer una imagen acabada de sus ideas y de sus aportaciones científicas. Se incluían en él los textos de los dis-

³⁵ Muchos de esos textos, editados por la editorial D. C. Heath & Co., de Boston, formaron parte de una serie titulada “Contemporary Spanish Texts”. Abrieron la serie, en 1918, unas comedias de Benavente.

³⁶ Luis de ARRIGOITIA, “Bibliografía de Federico de Onís”, en *La Torre*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras (Puerto Rico), XVI (January 1968); y Ricardo FLORIT, “Federico de Onís: Bibliografía”, en *Revista Hispánica Moderna*, Hispanic Institute, Columbia University, New York, XXXIV, 1-2 (April 1968).

³⁷ Federico de ONÍS, *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1932.

cursos de Oviedo y Salamanca, así como algunos textos menores publicados en sus primeros años americanos.

Mucha más envergadura e interés biográfico tiene el volumen publicado con ocasión de la jubilación de Onís en la Universidad de Columbia³⁸. Se trata de un verdadero recorrido por la historia intelectual de Onís, con la ventaja de la participación personal del autor en la confección y organización del volumen. En él se incluyen los discursos a los que ya se ha hecho alusión, además de un gran número de artículos, capítulos de libros, prólogos y discursos breves que proporcionan una imagen muy completa de lo que fue una actividad académica de cincuenta años de duración.

Los trabajos de este periodo americano revelan que, además de su trabajo académico, que culmina con su gran antología poética de la poesía española, publicada en 1934³⁹, Onís realizó una extraordinaria labor como impulsor de la literatura española, tanto de la peninsular como la de los países americanos de lengua española.

A comienzos de 1921, por ejemplo, dio una conferencia sobre Gabriela Mistral que resultaría de gran importancia en la popularización de la gran poetisa chilena en el ámbito americano⁴⁰. La conferencia sería seguida por una edición, en 1922, de la obra esencial de Mistral, que fue patrocinada por el Instituto de las España y llevó el título de *Desolación*.

En la misma línea cabe situar sus estudios sobre el poema *Martín Fierro* y la edición de muchos poetas americanos, especialmente de Puerto Rico. Una tarea que, por supuesto, se vio acrecentada en la medida en que pudo viajar a los países americanos de habla hispana y acrecentar su conocimiento de la literatura que se hacía en aquellos países que, en opinión de Onís, formaban parte decisiva en el desarrollo de la gran cultura hispánica.

RECONSTRUYENDO A ONÍS: LOS OBJETIVOS DE UNA BIOGRAFÍA

A partir de todos esos materiales parece que podría construirse una biografía de Federico de Onís que partiera de la caracterización del clima de reformas que

³⁸ Federico de ONÍS, *España en América; estudios, ensayos y discursos...*

³⁹ *Antología de la poesía española e hispanoamericana. 1882-1932*, Madrid, Imp. de la Librería y Casa Editorial Hernando, 1934.

⁴⁰ Yvonne BARRET, "Gabriela Mistral", en "Homenaje a Federico de Onís. Los amigos de don Federico". *La Torre*, Río Piedras (Puerto Rico), Universidad de Puerto Rico, XXXIII, 127 (01/1985), pp. 183-182.

se generalizó en España en los comienzos del siglo XX, inspirado muchas veces, aunque no exclusivamente, por las ideas de la Institución Libre de Enseñanza y por el magisterio que ejercía Francisco Giner desde sus humildes instalaciones del Paseo del Obelisco madrileño. A ese impulso corresponderían un buen número de españoles, sin tener que identificarse necesariamente con los principios de la Institución, coincidían en el diagnóstico de la necesidad de establecer cauces para que las nuevas generaciones asimilaran la ciencia y la técnica de los países del entorno español, especialmente Francia y Alemania.

En esos años se consolida, en torno a José Ortega y Gasset, la que ya hemos identificado como la generación de 1914 que, además de la prensa, utilizó como bases de apoyo los recursos que le proporcionaba la *Junta para Ampliación de Estudios* y los organismos derivados de ella, como el *Centro de Estudios Históricos*, que dirigió Ramón Menéndez Pidal, o la Residencia de Estudiantes de Madrid.⁴¹

Al *Centro de Estudios Históricos* se dirigiría, en la primavera de 1916, la invitación de la Universidad de Columbia, de Nueva York, para contratar un profesor de Lengua y Literatura Españolas, elección que recayó en Federico de Onís.

A partir de entonces, y en buena medida a través de Onís, se produjo un replanteamiento de las relaciones culturales con los Estados Unidos que, en otro proyecto que vengo realizando, he caracterizado como un comercio triangular de ideas y tendría como vértices la península, los Estados Unidos, y las repúblicas de la América española.

La consistencia y efectividad de ese diálogo triangular no fue fácil ni dejó de encontrar dificultades que se han prolongado hasta el momento actual. Las tensiones entre las naciones hispánicas de ambos lados del Atlántico nunca se han despejado del todo y ha sido problemático encontrar un discurso que, alejado de toda retórica, facilite el diálogo entre los verdaderos actores de las relaciones internacionales del mundo hispánico. En todo caso, en ese tipo de replanteamiento participaría, de forma destacada, la generación española de 1914, y encontraría eco en escritores americanos como el uruguayo José Enrique Rodó, el dominicano Pedro Henríquez Ureña o el mexicano Alfonso Reyes. Onís, por su parte, colaboraría en la empresa con estudios de grandes fi-

⁴¹ El 26 de agosto de 1915 la revista *España* daba noticia de la aparición de un folleto informativo, que acababa de publicarse, sobre la Residencia y reproducía unos párrafos. Daba también la noticia de la creación del Grupo de Señoritas, y la organización de un grupo de niños, dirigido por L. A. Santullano, que sería el germen del futuro Instituto-Escuela, creado en 1917.

guras de las letras americanas como José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, Rufino José Cuervo, o el poeta José Hernández, autor del *Martín Fierro*.

Desde el vértice americano, el paso hacia nuevas formas de diálogo con el mundo hispánico tampoco resultaría fácil, y Federico de Onís reunió en su entorno de la Universidad de Columbia a estudiosos destacados de la vida cultural de la América española como Germán Arciniegas y Andrés Iduarte, junto con los españoles Ángel del Río y Tomás Navarro Tomás.

En los Estados Unidos, la acogida favorable del arte y la cultura española, que era patente, desde fines del siglo XIX, se asentaría sobre bases más sólidas como las que proporcionaba la Hispanic Society of America o la actividad desarrollada por el propio Onís. En los años veinte y comienzos de los treinta se convertiría en un verdadero cónsul cultural de España en Nueva York, de manera que era casi impensable la presencia de personalidades de la vida cultural española, especialmente literaria, que no se beneficiasen de la hospitalidad de Onís.

El caso más conocido, en el verano de 1929, es el de Federico García Lorca, pero Onís sería también el anfitrión de profesores como Fernando de los Ríos o artistas como Andrés Segovia.

También sería el anfitrión de José Castillejo o María de Maeztu, cuando fueron a los Estados Unidos para establecer acuerdos de carácter educativo y científico. Unas líneas de colaboración que se verían trastornadas por la guerra civil española y por el cataclismo científico que provocaría el conflicto.

Federico de Onís, que se consideró a sí mismo un exiliado por su solidaridad con el Gobierno de la República, se vería obligado a multiplicar sus esfuerzos para encontrar acomodo a los escritores y profesores que habían tenido que exiliarse.

En cualquier caso, el proyecto que le había llevado a los Estados Unidos había terminado por hacerse imposible. Pero la vida continuaba.